

PRÓLOGO

Me propongo escribir la historia de los sucesos más notables acaecidos en España durante la Regencia de la Reina Doña María Cristina de Borbón, de grata y dulce memoria.

Yo diré en el discurso de este escrito cuán maravillosamente supo hermanar, en tiempos difíciles y revueltos, la benignidad que cautiva con la severidad que reprime, y de qué manera supo reunir en uno lo apacible de las hembras y lo constante de los varones ¹. Diré los punzantísimos dolores que atormentaron su corazón, y el llanto que derramaron sus ojos, y los pensamientos que fatigaron sus vigiliass, desde que formó el noble propósito de dejar en su último legado la libertad á sus pueblos, y la Monarquía á la hija de sus entrañas ². Diré cómo, en medio de desapoderadas facciones, supo mostrarse desapasionada y serena, atenta solamente á mantener en su fiel la balanza de la Justicia, y á gobernar á los pueblos con un imperio templado. Diré, en fin, cómo el edificio que levantó vino á tierra en una hora á esfuerzo de manos ingratas y al impetu de los huracanes populares: que la Providencia suele consentir los infortunios de los Reyes para escarmiento y castigo de las naciones.

¹ "No, no fué constante en reprimir; lo fué sólo en aguantar los desmanes y desafueros contra su persona y el cetro de su hija." Esta observación es de un crítico con quien consultó Donoso Cortés el prólogo y el libro primero de esta historia. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² ¡Triste legado por cierto! porque la libertad que legó fué la libertad liberal, que no es en resolución sino la más odiosa tiranía, y la Monarquía que dejó á su augusta hija fué una sombra de la Monarquía verdadera. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Diré después cómo la revolución arranca de la raíz del Trono, humilde fuente, para dilatarse luego, río caudaloso, por las provincias de España hasta dar con sus hinchadas crecientes en Valencia, y cómo desde entonces quedó huérfana la Monarquía y sin gobernación la nave del Estado, metida en un mar de tantos movimientos.

Contaré una por una las promesas hechas por la revolución, y diré de qué manera ha desempeñado su palabra. Ofreció al Trono grandeza y poderío; á la nación libertad, independencia y gloria; reformas benéficas y sabia gobernación á los pueblos; prosperidad y buena andanza á todos los que vivieran debajo de sus leyes; dijo de sí que daría al traste con todos los privilegios, que daría fin al reinado de todos los abusos, que pondría un término á todas las opresiones y que caminaría á su lado la justicia, bajada del Cielo para consuelo de la tierra. De esos ofrecimientos ostentosos, de esos propósitos sublimes, ¿qué ha quedado? ¿Dónde está el Trono de España, ese Trono que fué respetado de las gentes? ¿Qué se ha hecho su grandeza y poderío? ¿Dónde está la magnánima nación que fatigó las lenguas de la fama, la nación temida de las naciones? ¿Dónde están los santos fueros y las augustas libertades que tuvo de la mano de sus Reyes? ¿Dónde está la justicia? ¿Dónde la libertad? ¿Dónde la independencia? ¿Dónde la gloria? ¡Ay! ¡Que al mirar á nuestro derredor nada vemos sino negros y tristes horizontes, y nuestros ojos son fuentes de lágrimas, y nuestro corazón está lleno con el melancólico recuerdo de nuestras esperanzas engañadas y de nuestras ilusiones perdidas!

Y al mismo tiempo que cuente los estragos de la revolución, contaré los estragos de una guerra doméstica comenzada en nombre de los principios, alimentada con los odios, terminada por el cansancio; de una guerra en que los vencidos estuvieron muchas veces á punto de vencer, y en que los vencedores temieron otras, no sin razón, ser totalmente deshechos y vencidos; de una guerra en donde se retrata el carácter na-

cional con toda su indolencia y con toda su pujanza, con toda su ferocidad y con toda su hidalguía; de una guerra que ha presentado un aspecto diferente en las diversas provincias estragadas, prolongándose aquí en escaramuzas estériles y rompiendo allí en batallas campales; que se ha nutrido en unas provincias con el fanatismo religioso¹, en otras con el político, en otras, en fin, con las aviesas pasiones de los que, siendo de suyo de ánimo desasosegado é inquieto, andan en pos de aventuras y mudanzas. Guerra famosa, en verdad, ya se la considere en su origen, ora en su duración, ó bien en sus resultados. Durante siete años han combatido sin cesar constitucionales y realistas sobre la manera y forma en que debía construirse y asentarse esta Monarquía desventurada, que al final de sus contiendas había de servir de trofeo y de despojo á las revoluciones. ¡Caso digno de eterna lamentación! ¡Ultraje y afrenta de la majestad española!

En la relación de los sucesos he procurado ser imparcial, como en su averiguación diligente; mas después de averiguados y referidos, he dejado obrar á la justicia implacable de la Historia para que distribuya por mi boca los vituperios y las alabanzas según los merecimientos. Indulgencia para con los que, deslumbrados los ojos con el brillo de engañosas ilusiones, han puesto su piedra en el edificio de la revolución, creyendo ser arquitectos de la libertad de su patria; tolerancia para con aquellos que se han movido al hilo de erradas y desastrosas opiniones, creyendo que iban empujando por el camino de la civilización al mundo; compasión hacia los mezquinos sin ventura que, creyendo meterse por un mar bonancible, se metieron por un mar que hierve con tempestades. Pero al mismo tiempo inflexible severidad para con aquellos hombres, hijos de la ignorancia y del orgullo, tan presumidos de sí que osaron echar por tierra el edificio de nuestras instituciones seculares para levantar de nueva planta otro mejor que fuera de fábrica de sus manos y obra de su entendimiento; como si no fuera no-

¹ En vez de "fanatismo," léase "sentimiento religioso."—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

toria ceguedad el presumir que para recibir su estructura habían estado aguardando su llegada las naciones, que los tiempos habían corrido hasta entonces vanamente, y que había estado ocioso el entendimiento divino. Execración, en fin, para aquellos hombres apartados de la mano de Dios que con voz de libertad han levantado á las turbas, y han encendido sus pasiones, y las han desencadenado sobre las víctimas indefensas, y han pedido después á la iniquidad victoriosa el precio de la sangre.

Tal será mi divisa en el discurso de esta historia; porque, aunque con la furiosa avenida de opiniones extravagantes y nuevas, se ha llegado á obscurecer en nuestra España la noticia de lo justo y de lo injusto, de lo honesto y de lo deshonesto, no se ha borrado todavía de tal manera y hasta tal punto que pongamos como en duda y en balance el mérito de la obediencia y el de las revoluciones. A mis ojos, como á los del género humano, una revolución no es solamente un crimen, sino el mayor de todos los crímenes, porque es el crimen. Las revoluciones son la misma cosa en lo político, que en lo moral el pecado. Aquéllas, como éste, son la mayor infracción de la ley universal soberana á que las cosas quedaron sujetas cuando, obedientes á la voz de su Criador, se trabaron ordenadamente las unas con las otras, de tal modo y con tan maravillosa dependencia y tan concertada armonía que formaron aquel admirable compuesto, que es como el destello de la divina hermosura.

Si por acaso hubiera alguno de mis lectores que, habiendo bebido otras doctrinas en fuentes emponzoñadas, sintiera una secreta inclinación en su ánimo á disculpar á los que hacen gala de ser fabricantes de revoluciones, le ruego encarecidamente que aparte de sí este libro, que no va dirigido á su persona. Bien sé que con esta advertencia será muy corto el número de los que se atrevan á leerme; más corto el de los que, habiéndome leído, se atrevan á elogiarme; y más corto aún el de los que se atrevan á seguirme después de haberme leído y elogiado. No se me oculta que las doctrinas que profeso en ma-

terias religiosas, políticas y morales, á fuerza de ser antiguas, van siendo nuevas y extrañas en los oídos de las gentes; pero yo tengo la flaqueza de creer que todo lo que es nuevo, es en política y en moral falso y peligroso, y en Religión, falso, peligroso y absurdo.

No ignoro que la presente generación, amamantada á los pechos de las revoluciones, afirma todo lo que yo niego, y niega todo lo que yo afirmo. Sé que admite y proclama como cosa puesta fuera de toda duda el principio de la perfectibilidad indefinida de la sociedad y del hombre, cuando yo tengo por averiguado que la Humanidad es idéntica á sí misma en toda la prolongación de los tiempos; que desde el principio de las cosas hasta la consumación de los siglos está sujeta á las mismas leyes, á las mismas mudanzas, á los mismos crecimientos y á las mismas declinaciones; que no adelanta en una senda sino el mismo trecho que atrasa en otra senda diferente; sé que el vapor, milagro de la industria, no suprime las distancias, ni es el agente más poderoso de la contratación entre los pueblos, sino extinguiendo poco á poco el patriotismo en las naciones; sé que lo que ganamos en cultura eso perdemos en inocencia, y que con el refinamiento de los deleites se alteran las costumbres¹. Sé que aquello mismo que sirve á nuestros sentidos de regalo enerva nuestros sentimientos y enflaquece nuestras almas; sé, en fin, que la Filosofía acaba con la fe², y que no alcanzan la dominación los principios que hoy gobiernan á la sociedad con un imperio soberano, sino porque á su movimiento ascendente corresponde otro de declinación rápida y simultánea de todos los principios morales.

Sé más todavía: sé que las ideas que me propongo combatir como falsas, como peligrosas ó como absurdas, caminan

¹ Nada de esto es exacto: el progreso existe en el mundo, aunque no como ley necesaria, sino como ordenación de la Providencia divina, y los males que acompañan á ciertas cosas buenas, al vapor, por ejemplo, no provienen de ellas, sino de la humana malicia.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² La falsa Filosofía es enemiga de la fe, pero no acaba con ella sino en el ánimo de los que se dejan seducir por sus sofismas.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

adelante vencedoras de todos los obstáculos; sé que conmovrán á las sociedades humanas hasta en sus anchos fundamentos, que lo arrastrarán todo en pos de sí, instituciones y leyes y costumbres y creencias, como en revuelto torbellino; sé que la luz de la verdad padecerá desmayos en el horizonte del mundo, y que el mundo andará como perdido en tinieblas; sé que llegará para las sociedades aquella tristísima noche en que, según las palabras de la Sabiduría divina, que sirven de epígrafe á esta obra, *no habrá lugar para ninguna cosa, y todas las cosas estarán fuera de su lugar*. Todo esto sé, y, sin embargo, hay una voz que se levanta en mí, y que oye mi espíritu, la cual me arrastra á acometer la grande empresa de esta lamentable historia, para volver por las víctimas que caen por las costumbres que se corrompen, por las verdades que se alteran, por los sentimientos que se extinguen, por las instituciones que sucumben; sé que la empresa que acometo es sobre mis fuerzas, y que el peso que echo sobre mí es grave para mis hombros. Aliéntanme, sin embargo, dos consideraciones de la más alta importancia.

Consiste la primera en que esta empresa no es otra cosa sino una manera de cumplir con aquel deber imperioso á que vivimos sujetos, de proclamar la verdad en cualesquiera circunstancia, para mostrar al mundo la belleza inmortal de sus divinos resplandores ¹. Con ese santo deber cumplían aquellos varones insignes de las pasadas edades, que hicieron frente con la verdad á las potestades de la tierra, dando con sus inmortales hechos noble asunto á las historias; grande ejemplo

¹ El crítico á que nos hemos referido en la nota anterior escribiendo á Donoso Cortés para cumplir con el encargo que éste le había dado, de decirle el juicio que hacia del presente escrito, dirigióle sobre esta primera consideración de nuestro autor el siguiente aviso: "Pero esto no es cierto con la generalidad que Ud. lo sienta, ni es una consideración irresistible ni peculiar á Ud. que en el período anterior se presenta como un hombre inspirado por una voz interior que le arrastra como á los profetas. En vez de esa consideración trivial, estaría mejor que Ud. confesase llanamente que en sus primeros años se dejó fascinar de las doctrinas que ahora combate, y que, habiendo contribuido por su parte á su triunfo y dominación funesta, se cree Ud. en el deber especial de impugnarlas por vía de reparación del mal que ha causado. Esta, sí, que es consideración alta y moral que atajaría en su camino á los que procurasen sonrojarle y escarnecerle llamándole tornadizo y apóstata."—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

de alta y poderosa virtud que las edades pasadas dejaron á las presentes, y que la presente debe dejar á las futuras. Consiste la segunda en que, si bien se mira, aunque el triunfo de las ideas que proclamo es imposible de toda imposibilidad en los tiempos que ahora corren, es necesario desembarazar el camino para que se abran paso en adelante, y puedan llegar al imperio en tiempos más bonancibles. El triunfo del error puede ser tan largo como desastroso, pero no es nunca definitivo y eterno. La luz de la verdad puede padecer eclipses, y los que la confiesan pueden recibir la corona del martirio ó arrastrar la cadena de las tribulaciones; pero la verdad, hija de Dios, es reina del mundo y señora de la tierra. Mirémosla de hito en hito con los ojos de la esperanza; dejemos pasar sin hacer caso el nublado que roba la luz del sol, y el huracán que va estremeciendo los montes, porque después han de venir, para regocijo de la Naturaleza, los días claros y apacibles, los vientos sosegados, las blandas lluvias del cielo.